— América Latina

Hispanoamérica terra incógnita

«Lionel Trilling, a most perceptive mind, once told one of his students that he had read Latin American literature, and that in his judgement it had only an anthropological value.»

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

Fue como una sorpresa. Sabíamos que había poetas en América Latina. Lo sabíamos los latinoamericanos, no todos, y algunos, muy pocos, fuera de nuestro continente. Hace tiempo decía Luis A. Sánchez que América Latina era una novela sin novelistas. Hace diez años se sentía que algo iba a suceder. Muchos pensaban casi como el yanqui del epígrafe. Hoy se da el «boom».

Hay que tener cuidado cuando se habla de mucho y pocos en América Latina, más aún cuando se trata de manifestaciones culturales. La miseria material y moral constituye la realidad cotidiana de la mayoría de los habitantes y un cierto estado de miseria no le es ajeno a quienes se ocupan de cultura. Primero, porque son pocos; segundo, porque el estado de miseria general favorece la aparición de regímenes de esos que sacan el revólver cuando oyen la palabra cultura; tercero, porque nadie puede tener la conciencia tranquila en nuestra América... la enumeración podría seguir, pero quedémonos en las conciencias.

En la conciencia de América se agitan los fantasmas de grandes civilizaciones arrasadas, pero no totalmente destruidas, hace unos cuantos siglos; se agitan los duendes del gran sueño de la emancipación que debió ser una recuperación de aquellas civilizaciones y la fundación de una América unida, sueño hecho pedazos hoy. Durante mucho tiempo ese sueño encontró un solo cauce: la creación literaria.

Escribir en nuestra América en gestación es oponer un sueño de paz y orden a una realidad de guerra y desorden Pero hay quienes escriben para huir sencillamente de este estado y quienes escriben

BOLETÍN AEPE Nº3, DICIEMBRE 1970. Norberto GIMELFARB. América latina, Hispanoamérica térra incóg
Centro Virtual Cervantes

para sobrepasarlo y echar las bases de un futuro mejor. Quiéranlo o no, todas las fuerzas están abocadas a la tarea de construir el continente; se escribe de a ratos, entre campaña y campaña, prisión y prisión, exilio y exilio. Crear en tales condiciones no es meramente expresarse, es una verdadera actividad, un modo de vivir.

Cuando el continente se libera de la tutela política de España, sus hombres sensibles vuelven la mirada cargada de dudas hacia esa misma España y más allá de ella, hacia Europa toda. La mirada del espíritu. Aún se ignora el pasado de América y las únicas raíces están allende los mares. Lentamente va surgiendo una idea: conquistar Europa. Conquistar lo espiritual de Europa para emprender la reconquista de América. Hacer la conquista al revés, totalmente al revés de lo que había sido la de América.

Esa conquista al revés es el camino que desemboca en uno de los grandes logros —que no son muchos— latinoamericanos. A pesar de la precariedad de medios, se produce después de 1920 un gran florecimiento cultural, cuyas etapas más notorias son: la aparición de los poetas chilenos Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda, y la del peruano César Vallejo; la escuela mexicana de pintores con Orozco, Rivera y Siqueiros; un período de decantación de diversos movimientos de vanguardia que dan frutos menores en todos los campos de la creación artística y literaria que engloba las décadas del 40 y 50 y, finalmente, el fenómeno que parece concentrar en sí todos los frutos de este proceso cultural de cuarenta años, el despertar de la novela hacia 1960.

Después de la Primera Guerra Mundial comienza la verdadera historia de la narrativa hispanoamericana. Lo anterior, salvo rarísimas excepciones, sólo tiene valor arqueológico. La narrativa del siglo XIX está bajo la doble influencia de lo español y lo francés, que es preponderante. Cuando no se trata de literatura escapista o costumbrista, tenemos una literatura de buenas intenciones, didáctica y de panfleto.

No podría ser de otro modo en un momento en que todas las fuerzas disponibles estaban concentradas en dar fisonomía a los distintos países del continente. Surge entonces la pregunta que nos parece esencial, la de quién somos y de dónde venimos, la búsqueda de nuestras raíces. Frente a la tradición hispánica, se yerguen las ideas de la Revolución Francesa que han llevado a los americanos a afirmarse como tales. Parece entonces natural buscar en las ideas francesas el contrapeso de lo hispánico que nos retrotraería hacia la colonia. Y tanto más cuanto que no existen todavía los instrumentos que permitan comprender la América precolombina. Los contados intentos de hacerlo llevan el sello de Rousseau o de Chateaubriand, de lo pintoresco, o de lo simplemente caritativo, ninguno va hasta el fondo.

BOLETÍN AEPE Nº3, DICIEMBRE 1970. Norberto GIMELFARB. América latina, Hispanoamérica térra incóg
Centro Virtual Cervantes

Podemos establecer un paralelo entre lo social y lo económico de ese momento, paralelo que aún hoy se da en muchos países. América Latina produce materias primas que se venden en Europa y vuelven de allí como productos terminados. Las minorías que poseen las riquezas y las venden, envían sus hijos a Europa para que se formen. Una parte de éstos constituirá la minoría de intelectuales. Algunos vuelven a América, cuando vuelven, y al volver, los más viven añorando el mundo «civilizado» que oponen a la «barbarie» local. Pocos son los que logran desembarazarse de esa nostalgia y menos aún los que ponen lo aprendido en la «civilización» al servicio de los verdaderos problemas de su tierra.

Agreguemos un paralelo con lo político, a medida que se desvanece el impulso primitivo hacia la unidad americana, la fragmentación se da en el terreno político tanto como en el social. Y amenazará la unidad de la lengua incluso, pero esto último nos llevaría muy lejos. Las sociedades latinoamericanas se van estratificando: por un lado, las minorías criollas que gobiernan y poseen las riquezas; por otro, las mayorías de indígenas, mestizos y negros, totalmente desposeídas. Propietarios, comerciantes, militares y eclesiásticos, la clase dominante, sólo viven para imitar lo europeo, antes, lo norteamericano, hoy. Los problemas que surgen de esta situación no son los mismos en todos lados: si son de índole racial en países como Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia, por ejemplo, donde hay gran población indígena, lo son mucho menos en un país como México, en que hubo una temprana fusión del elemento hispánico y el indígena. Con el mismo fondo de contrastes extremos aparece el problema en las Antillas, donde el elemento afroamericano le aporta matices decisivos. Y no olvidemos los países del cono sur: Chile, Argentina y Uruguay, cuyas poblaciones indígenas habían desaparecido prácticamente desde la Conquista, pero en los que hubo también un problema parecido con el conflicto entre las ciudades y la campaña, y las corrientes inmigratorias que desplazaron y desposeyeron a los hombres del campo. Conflicto que ilustra con claridad el «Martín Fierro», de José Hernández, para el caso argentino.

Esta descripción somera de un problema que aún es actual, es a la vez una introdución a lo que será el tema central de las primeras obras novelísticas importantes, publicadas entre 1920 y 1930. En las obras del mexicano Mariano Azuela, el ecuatoriano Jorge Icaza, el peruano Ciro Alegría, el colombiano José Eustasio Rivera y en la apenas anterior del boliviano Arguedas, tributarias en general del naturalismo francés, encontramos una mezcla de costumbrismo, telurismo, crónica y protesta social. Lo que importa es que hay en ellas una mirada atenta a la realidad local y el intento, sólo esbozado, de trascenderla para comprender la realidad latinoamericana. Son también las primeras obras que van a interesar a *todo* el público latinoamericano. Pero éste es otro cantar.

BOLETÍN AEPE Nº3, DICIEMBRE 1970. Norberto GIMELFARB. América latina, Hispanoamérica térra incógn
Centro Virtual Cervantes

Se ha escrito mucho en nuestros países. Muchísimo. Y también se publicó. En general la difusión de las obras no pasaba de un círculo de amigos y conocidos. Además ¿quién sabía leer? ¿Y a quién le interesaba? El desarrollo de una producción literaria convincente está ligado al desarrollo general de los países. Entre 1920 y 1930, Argentina, México, Chile y Uruguay son ya países que poseen instituciones sólidas, cierto grado de desarrollo económico y consecuentemente un público lector suficientemente amplio y cultivado que tiene sus exigencias. A partir de 1930 en México y Argentina se desarrollan las industrias editoriales más poderosas del continente, y con ello posibilidades nuevas de difusión para todo tipo de literatura, especialmente un aluvión de traducciones.

El público lector prefiere empero las traducciones a la literatura autóctona. Ni ésta ni los lectores han alcanzado aún el grado de madurez que les permita encontrarse. Los veinte años que van de 1930 a 1950 se señalan por un cambio de actitud hacia los problemas del continente. Los factores que conducen a ello son múltiples. Políticos y económicos; el desarrollo local ya indicado, la presencia cada vez más sentida de los Estados Unidos y la disminución de las influencias europeas, la aparición de una clase media y un proletariado urbano, y la penetración del marxismo. Culturales: el interés que se manifiesta en Europa por las culturas precolombinas, el marxismo y el surrealismo —aunque a primera vista parezcan estas tres cosas disparatadas— dan elementos para una comprensión más profunda de la realidad latinoamericana. Durante esos veinte años la mirada de los latinoamericanos vuelve a dirigirse con creciente insistencia, en un vaivén cada vez más acelerado del continente al exterior y del exterior al continente. Durante estos veinte años, la vida cultural del continente se desarrolla al unísono con la de Europa y sobre todo Francia.

La década 1920-30 fue un período de grandes esperanzas: la consolidación de la Revolución Mexicana, la entrada en la escena política de las clases medias, y el desarrollo económico de algunos países. El impacto cultural de ese momento se refleja en las realizaciones culturales que hemos mencionado antes. La crisis económica mundial y la aparición de los primeros regímenes fascistas le ponen sordina a la efervescencia creadora de esos años.

Siguen veinte años de repliegue, de casi silencio, y de asimilación y decantación de lo hecho en esos diez años fervorosos. Baste como ejemplo «El Señor Presidente», de Asturias, novela comenzada en 1922, terminada en 1930 y sólo publicada, por razones políticas, en 1946. Alejo Carpentier, Juan Carlos Onetti y el Borges cuentista, también comienzan su obra en esos años de 1930 a 1950. La influencia del surrealismo signa lo mejor de la poesía de esos años. Proust, Joyce, Kafka, Huxley, Faulkner y la novela norteamericana, el exis-

BOLETÍN AEPE Nº3, DICIEMBRE 1970. Norberto GIMELFARB. América latina, Hispanoamérica térra incóg
Centro Virtual Cervantes

tencialismo francés y alemán, las literaturas nórdica y rusa, el cine, la tradición ocultista, la música serial, el jazz, así «pêle-mêle» y sin ton ni son, a veces, son algo de lo que preocupa al público cultivado y al creciente más o menos cultivado. Algo falta: la novela hispanoamericana; después del pasajero entusiasmo de 1920 a 1930, escritores y público han vuelto a distanciarse. Las circunstancias políticas habían reducido a los escritores al silencio o al exilio.

Pero desde el exilio —en Europa generalmente—, situación que no es nueva, ya no es nostálgica la mirada que los escritores vuelven hacia América, ahora es inquisitiva. Los escritores y los jóvenes han aprendido a viajar por nuestro continente. Que el «Che» Guevara estuviera en Guatemala durante el breve y revolucionario Gobierno de Arbenz, no es un hecho aislado. Es parte de un gran movimiento de curiosidad por la vida de América, ahora que muchos jóvenes empiezan a sentirse ligados con una parte de la juventud norteamericana, a través del movimiento «beatnik». La caída de las dictaduras fascistas-populistas entre 1950 y 1960 y la Revolución Cubana reanima la visión continental de las cosas. En esos mismos años, el público, sobre todo el joven, descubre o redescubre a los grandes escritores de los cuarenta años anteriores. Los precursores: Icaza, Alegría, Rivera, Azuela, Arguedas, Güiraldes, Gallegos, todos ellos un poco apolillados. Los maestros: Carpentier, Asturias, José María Arguedas. Los olvidados como Macedonio Fernández y Roberto Arlt, en Argentina, o los uruguayos Onetti y Felisberto Hernández. Al mismo tiempo aparecen Cortázar, García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa, Lezama Lima, Cabrera Infante, Rulfo, Sábato... no es éste el lugar de un catálogo. Jóvenes y menos jóvenes escritores se codean en lo que se ha llamado la nueva novela latinoamericana.

La nueva novela es el resultado de un largo proceso de preparación, tanto del público como de los escritores. Ignoro si la conquista de Europa es una quimera, en todo caso allí estaban los elementos que permitían darle una fisonomía más acabada a nuestro continente: nuestros escritores no han logrado desentrañar lo americano, porque puede ser que lo americano se encuentre en todos lados, desde las masas indígenas desposeídas que se vienen callando desde hace cuatro siglos hasta la última Thule pasando por la China. Posiblemente, América que es joven, deba ser como los jóvenes durante largo tiempo aún. Algo así como una simbiosis de Novalis y del joven Goethe que, ¿era a los setenta?, aprendía el persa para gozar de Omar Khayyam.

NORBERTO GIMELFARB

BOLETÍN AEPE Nº3, DICIEMBRE 1970. Norberto GIMELFARB. América latina, Hispanoamérica térra incóg
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes